



Presentación

Fernando J. García Selgas y Elena Urieta Bastardés

“¿Será posible que podamos al fin amar a los objetos y a las máquinas?
¿Será posible que ellas tengan también alma?”

Vladimir Mayakovsky, *La rebelión de los objetos*, (1913).

Desde un primer momento, las ciencias sociales modernas han tendido a reducir los objetos materiales o naturales a instrumentos o mercancías de los que los humanos se sirven para obtener un fin (Knor Cetina, 1997). Cuando les han reconocido algún tipo de papel activo en la vida social ha sido como fetiches (así las mercancías de Marx y los tótems de Freud y Durkheim), como cosificaciones que expresan y ayudan a gestionar las diferenciaciones sociales (así los gallos de Geertz y los consumos ostensibles de Veblen y Bourdieu) o como medios de comunicación (así el don en Mauss y la moda en Barthes); esto es, como instrumentos más o menos intencionalmente empleados por los seres humanos. Esa tendencia formaba parte importante de la contribución que estas ciencias han venido haciendo a la modernización y, más concretamente, a lo que Latour (1991) ha denominado los trabajos de purificación que alimentaron el sueño moderno al contraponer lo humano o social a lo material, natural o tecnológico.

Esa tendencia se ha mantenido en nuestra disciplina, con ciertas alteraciones, durante los años 70 y 80 cuando muchos científicos sociales, incluso algunos de los afincados en el materialismo marxista, asumieron un constructivismo social o discursivo. Guiados por el “giro lingüístico”, convirtieron el impulso materialista que había llevado a remarcar el carácter histórico y material de toda realidad y conocimiento social en una confirmación de ese constructivismo sociodiscursivo. En él las materializaciones y sus objetos están en el mundo simplemente para decir algo de alguien y para representar las tensiones y colaboraciones de lo que se hace y podría hacerse de otro modo. Así, por ejemplo, el materialismo postestructuralista, tanto el de inspiración marxista (Balibar, Foucault, Mouffe, etc.) como el de inspiración socioliberal (Latour, Kuhn, etc.), asumió como tesis incuestionable la materialidad de los signos y discursos, a la vez que hacía de estos el eje principal de sus propuestas. El psicoanálisis de raíz lacaniana, la hermenéutica (Gadamer, Ricoeur), la semiótica (de Peirce a Eco) y la deconstrucción (Derrida, Spivak) no hicieron sino afianzar ese anclaje material en

el discurso y sus dispositivos, alterando profundamente la naturaleza unívoca de la humanidad moderna como medida de todas las cosas.

De este modo, se lograba un importante avance en relación al estrecho humanismo que había dominado previamente y se permitía articular materializaciones discursivas, formales, normativas o tecnológicas cuya agencia social iría más allá de los individuos. No obstante, esas materializaciones (discursos, instituciones, etc.) fueron habitualmente contempladas como meras externalizaciones, sedimentaciones o expresiones de la acción humana que, al convertirlas en intermediaciones constituyentes de lo real, ampliaban aún más la supuesta potencia de lo humano (aunque no de lo individual) y la complementaria impotencia de lo natural, corporal o material para dar razón del mundo. Se venía a establecer así una especie de humanismo ampliado que iba a caer en contradicción con el hecho de que la tecnociencia del último cuarto del siglo pasado estaban llenando nuestro mundo de “embriones congelados, sistemas expertos, máquinas digitales, robots con sensores, maíces híbridos, [...] que] no se sienten bien instalados en el lado de los objetos ni en el lado de los sujetos, ni entre medias” (Latour, 1991: 80). Son seres monstruosos, quimeras, entidades híbridas en las que implosiona la dicotomía entre lo humano o social y lo material, de los que las ciencias sociales debían hacerse cargo. Pero ya no podían ser reducidos a instrumentos, mercancías o externalizaciones del actuar humano, sino que había que atender a lo que hacen dentro y fuera de la vida social

De ahí, por un lado, la preeminencia que muchas feministas y otros estudiosos empezaron a dar a la corporalidad en relación al conocimiento (Haraway), al significado (de Lauretis), a la subjetividad (Braidotti), al poder (Foucault, Hill Collins), etc.; y, por otro, la paulatina reivindicación de la potencia, agencia y creatividad de la materialidad, la naturaleza, los objetos, etc. (de la Teoría del Actor-Red a Barad). Ambos desarrollos vinieron a desplazar del imaginario común el universalismo abstracto del humanismo moderno, que olvidaba tanto la historicidad y estratificación social que constituía a cada individuo o grupo concreto, cuanto que los humanos no eran los únicos agentes del despliegue social, material o semiótico del mundo. Era un paso importante en el cuestionamiento de la centralidad del ser humano, en la profundización del materialismo y en la articulación simétrica de una hibridación que no separa lo social de lo natural, lo humano de lo no humano o el discurso de la materialidad, ni les impone una jerarquía. Con la aparición y evolución del concepto de *actante* en los estudios sociales de la ciencia, que la Teoría del Actor-Red toma de la semántica estructural de Greimas, se pudo definir lo social como una red o ensamblaje de asociaciones heterogéneas donde participan actores humanos y no-humanos, y en la que estos últimos consiguen desplegar su capacidad de agencia como mediadores que introducen diferencias (Latour, 2005).

La revista *Política y Sociedad* 45 (3) se hizo eco, ya en 2008, de este paso hacia el posthumanismo. Pero, una vez más, ese movimiento, que era necesario, ha resultado incompleto o insuficiente porque, aunque ha reportado una ganancia metodológica y epistemológica al ampliar el espectro explicativo y analítico del acontecer social con la consideración de los no-humanos (tecnologías, máquinas, aparatos...), ha seguido atado a la preeminencia ontológica y ético-política del ser humano, al ideario de dueño o señor (*sic*) de la creación que dispone de una serie

de entidades existentes (objetos, tecnologías, animales, vegetales, etc.) que serían neutrales respecto a su propia condición de ser. A pesar de las apresuradas interpretaciones que se han hecho de la tesis del Antropoceno como era geológica sobredeterminada por la contundente huella humana, la mayoría de las evidencias disponibles actualmente muestran que la humanidad ya no es ni central ni inevitablemente determinante, pues nunca actúa sola y su propia existencia y capacidades dependen de esas agencias no-humanas. Por ello, necesitamos dar un paso más que nos saque del antropocentrismo todavía vigente, esto es, necesitamos asumir que el ser humano no solo ha dejado de ser el centro del hacer y del saber, sino también del ser. Algo que estaba implícito de alguna manera en el evolucionismo darwinista y sobre lo que vienen trabajando diversos integrantes de ese nuevo materialismo (Dolphijn y van der Tuin, 2012) en el que la defensa de una ontología procesual (Whitehead, 1978) y el reconocimiento de la vitalidad de los objetos tecnológicos (Simondon, 1958) se conjugan con la propensión a atribuir a la materialidad un dinamismo con capacidad de hacerse sentir y de producir, de afectar y de padecer (Barad, 2007). De este modo, no solo los objetos irrumpen como agentes en devenir, sino que todo lo que existe, sea social, subjetivo, simbólico, natural o material resulta de un proceso de decantación que lo va armando como ensamblaje concreto, heterogéneo y vulnerable. Dicho más claro, no solo se está proponiendo incluir las distintas materialidades entre los ingredientes activos que han de ser tenidos en cuenta a la hora de dar razón de la realidad social, también se está defendiendo un modo distinto de entender la existencia en nuestro mundo, una nueva ontología general que presenta a todas, humanas y no-humanas, como constituidas relacional e interdependientemente en el despliegue de un mundo semiótico-material¹.

Es una propuesta que va abriendo nuevos debates en distintos ámbitos de las ciencias sociales: de la nueva politología (Bennett, 2010) —que erige la efervescencia de la materialidad como devenir activo, vivo y dinámico—, a los análisis de la gestión y reproducción de la intimidad (ver *The Sociological Review Monographs*, 67(2) de 2019), y ofrece diferentes variantes. Por ejemplo, una de las principales diferencias que se plantea entre sus defensores es que mientras para unos, como De Landa (2006), la materia se concibe con existencia independiente de nosotros, con capacidad de morfogénesis por sí misma y que se actualiza en formas diversas de decantación histórica (cosmológica, geológica, biológica, social, etc.); para otras, como Barad (2007) o Haraway (2016), la materialidad solo cobra cuerpo en la “intraacción” con diversos agentes, algunos humanos, que se distribuyen la responsabilidad por los resultados. Además estos se alimentan y sostienen siempre mediante dinámicas de entrelazamiento y diferenciación: no hay ser, entidad o sentido que preceda a la relaciones que constituyen su ontología.

Al hacernos eco de ese nuevo materialismo, de sus tesis, debates y problemas, no proponemos decantarnos por una u otra de estas dos opciones, ni simplificar los matices, conexiones y propuestas que en él se incluyen. Tampoco tiene este monográfico afán de divulgación o sistematización, como la que han realizado Fox

¹ Al redefinir la material como indeterminada, pero determinable, relacional, heterogénea y participativa, este nuevo materialismo se distancia tanto del materialismo ilustrado, que pretendía explicar la realidad social o cultural siguiendo los parámetros y variables de las ciencias naturales, cuanto del materialismo histórico, que la reducía a epifenómeno de los medios, procesos y relaciones materiales de producción, y de esa suerte de materialismo socioestructural, que otorga autonomía total a la realidad sociodiscursiva.

y Allred (2017), ni el propósito de realizar una especie de adecuación a nuestros lares de lo que está pasando en otros lugares, pues algunos de nuestros colegas han hecho ya importantes aportaciones a su desarrollo. Un ejemplo de ello es Puig de la Bellacasa (2017), que defiende la concepción de los objetos como “materias de cuidados”, mostrando su fragilidad y dependencia de las redes que los constituyen y habilitan su participación activa. O Domínguez-Rubio (2020), que elabora una “ecología” del arte moderno, evidenciando las distintas agencias, no todas humanas, que alivian su vulnerabilidad². Nuestro propósito es mostrar el eco de esa propuesta en algunas de las líneas de investigación que en nuestro país mantienen distintos compromisos con este segundo giro del posthumanismo, en el que se reivindica y se analiza la agencia que despliegan las materialidades (objetuales, tecnológicas, biológicas, etc.) en distintos ámbitos de la vida social, de la tecnociencia a la existencia en general.

Al recordar las visionarias palabras del célebre poeta ruso, este monográfico arranca contagiado de su entusiasmo futurista, aunque también está atravesado de algún modo por la paranoia doméstica de “La rebelión de los electrodomésticos” que cantaban Alaska y los Pegamoides en 1997. Cuando hablamos de la rebelión de objetos, nos referimos a todo tipo de procesos materiales que están llamando a las puertas de la sociología para ser tenidos en cuenta como participantes activos del devenir que configura el modo de existencia que habitamos y somos, en el que el entrelazamiento activo de humanas y no humanas viene configurando procesos, hechos y estructuraciones de múltiples maneras. De hecho, al recopilar las propuestas que están emergiendo de algunas de las líneas de investigación comprometidas con esta revitalización de los objetos, encontramos tanto investigaciones empíricas sobre fenómenos concretos, que no dejan de tener implicaciones teóricas o metodológicas generales, cuanto propuestas que pretenden consolidar un posible armazón teórico, metodológico o incluso (cosmo)político común, sin que por ello dejen de inspirarse en procesos prácticos y materiales específicos, como no podía ser de otra manera.

Entre los primeros encontramos el trabajo de Pablo Santoro Domingo y Carmen Romero Bachiller que, con enorme claridad y precisión de detalles, analiza algunos de los objetos centrales en la donación de leche materna, como los sacaleches, para mostrar su incidencia constitutiva en el establecimiento de relaciones y redes entre humanos y no-humanos, y en la fijación de fronteras que nunca se cierran del todo. Con ello consiguen dar cuerpo a algunos de las principales propuestas del nuevo materialismo, como las que hablan de los objetos tecnocientíficos en términos de “objetos frontera” u “objetos-ensamblaje”, o las que priman las relaciones de cuidados. En concreto, al hacer visible la participación activa de esos objetos en las prácticas que sostienen y mantiene los cuidados, ratifican que estos no son solo una cuestión humana en lo activo ni en lo pasivo. Elena Urieta Bastardés parte de la práctica investigadora instigada por la Teoría del Actor-Red para meternos de lleno en la materialidad pegajosa, capaz y tecnicada de la grasa mediante un hábil seguimiento etnográfico de su movilidad e inscripción textual y material, de su enrolamiento con otras materialidades y aparatajes y de su participación activa e incluso rebelde en la vida de tres laboratorios. Ello la permite mostrar la

² En este sentido, Domínguez-Rubio (2008) ofrece un repaso claro y breve de los principales argumentos y condiciones para transitar de la consideración sociológica clásica del objeto como mero recurso o medio para la acción social, a su consideración como constituyente y participante activo en ella.

contribución productiva de esa materialidad lípida a la constitución, potenciación y activación de los correspondientes objetos científicos, pero también a la afectación y activación de técnicas y científicas. De esta manera, termina haciendo bien visible y viva la relacionalidad que, según el nuevo materialismo, sería la clave de los diferentes modos de existencia que se van armando y desplegando en nuestro mundo. Precisamente en la relacionalidad que subyace a la agencia de los objetos hace incidencia Rebeca Ibáñez Martín con una reposada indagación sobre las toallitas higiénicas como objeto paradójico en la problemática ecológica del Antropoceno. La autora nos lleva por los rastros que las toallitas limpian en los procesos de crianza y cuidado de los bebés, pero también por los taponamientos que este objeto va dejando en las alcantarillas y saneamientos. Así, las toallitas no constituyen *per se* un ejemplo de agencia material, sino más bien de un ensamblaje sociomaterial que está haciendo del objeto un múltiple modo de preocupación colectiva y controvertida en función de los contextos y prácticas que las entretejen y que constituyen sus efectos, límites y potencialidades. Se cierra este primer grupo de textos con el trabajo de Olatz González Abrisketa, que, yendo más allá de los constructivismos socioculturales y desplegando un elegante feminismo, muestra la agencia de ese objeto ajeno a la estandarización tan típicamente moderna que es la pelota en el juego de pelota vasca, y cómo ello rebaja la individualidad autosuficiente del héroe deportivo (usualmente masculino). Situada en el “giro ontológico” de la antropología y con la ayuda de la concepción del conocimiento “encorporado” (Varela), la autora hace visible el protagonismo y la viveza de dicha pelota, así como su condición de agente constitutivo de las subjetividades implicadas. Muestra que el encuentro y ajuste corporal y dinámico de pelota y pelotari va configurando lo que cada uno de ellos es y puede, y actualiza las posibles estrategias. Al fin y al cabo, es “el mundo de la pelota”.

Entre los segundos, podemos situar la elaborada y por momentos poética reflexión de Iñaki Martínez de Albéniz sobre dos objetos aparentemente separados, banderas y rodamientos que se encuentran para movilizar esa revolución compleja, y a veces *idiota*, que supone hacer la política por otros medios. Partiendo del modo de existencia técnica de ambos objetos, a lo Simondon, enlaza una serie de ejemplos, metáforas y analogías que hallan en la cosmopolítica el espacio donde se hace posible el despliegue de las continuidades y fricciones de estas peculiares relaciones sociotécnicas que tienen la capacidad de modificar(se) políticamente cuando se articulan. En *Metodologías con objetos-objeciones metodológicas*, Blanca Callén Moreu y Tania Pérez-Bustos apuestan por mantener una reflexión metodológica que asume valientemente la agencia material de unos objetos que resultan de un proceso de intimidad y vulnerabilidad que entrelaza y configura de forma dinámica humanos y no humanos; olvidos, ausencias y recuerdos; cuidados, roturas y arreglos; significados, materiales y afectaciones. La sobrada pertinencia de este artículo en este monográfico se manifiesta en el original reconocimiento afectivo-performativo a un método de investigación que no trata de impedir la revelación de unas relaciones sociomateriales, sino que hace posible la rebelión de los objetos más íntimos mediante, precisamente, sus objeciones. Por último, el texto de Fernando García Selgas recoge y cierra afirmativamente la densidad y complejidad teórica de los nuevos materialismos que se venía atisbando en los artículos precedentes. Expone y reúne las vicisitudes, problematizaciones y

tensiones que articulan algunos conceptos postulados a propósito del “objeto de conocimiento” en la tecnociencia. En un recorrido que circula desde el socioconstructivismo discursivo hasta la relacionalidad activa y abierta en devenir-con, reconoce la importancia de incluir en las líneas teóricas de las ciencias sociales y, por tanto, en este monográfico, los procesos de materialización y objetificación en un entrelazamiento coconstitutivo con los del sujeto de conocimiento y el aparato de observación, donde la relacionalidad activa un *fenómeno* como devenir múltiple y como mundo inteligible.

En definitiva, todos y cada uno de los trabajos aquí recopilados vienen a ser una muestra coherente, brillante y autónoma de las contribuciones que se están haciendo entre nosotros a la implantación de una ciencia social materialista que facilite el abandono del antropocentrismo a través de la insubordinación de lo que se había apresado y amansado como objeto.

Bibliografía

- Barad, K. (2007): *Meeting the Universe Halfway*, Durham, Duke University Press.
- Bennett, J. (2010): *Vibrant Matter*, Durham, Duke University Press.
- De Landa, M. (2006): *A New Philosophy of Society: assemblage theory and social complexity*, London & New York, Continuum.
- Dolphijn R. e I. van der Tuin (2012): *New Materialism: Interviews & Cartographies*, Open Humanities Press.
- Domínguez-Rubio, F. (2008): “La cuestión del objeto como cuestión sociológica”, en Tomás Sánchez-Criado (ed.), *Tecnogénesis*, Madrid, AIBR.
- Domínguez-Rubio, F. (2020): *Still Life*, Chicago (Ill.), The University of Chicago Press.
- Fox, N. J. y P. Alldred (2017): *Sociology and the New Materialism*, London, SAGE.
- Haraway, D. (2016): *Staying with the Trouble*, Durham, Duke U.P.
- Knorr Cetina, K. (1997): “Sociality with Objects”, *Theory, Culture & Society*, vol. 4 (4), pp. 1-30.
- Latour, B. (1993 [1991]): *Nunca hemos sido modernos*, Madrid, Debate.
- Latour, B. (2005): *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory*, New York, Oxford University Press.
- Puig de la Bellacasa, M. (2017): *Matters of Care*, London, University of Minnesota Press.
- Simondon, G. (1958): *Du mode d'existence des objets techniques*, París, Aubier.
- Whitehead, A. N. (1978 [1929]): *Process and Reality*, New York, The Free Press.